

bastante historia para no ignorar los días de 1850 y la retirada de Olmutz, y teniendo esto en cuenta preguntábase si acaso también ahora y en el último momento no abdicaría Berlín ante Viena. Una circunstancia especial fomentaba la desconfianza de Govone y era la tardanza del rey en recibirle; más de ocho días transcurrieron sin que fuese recibido en el palacio real, y durante esta larga espera pudo notar en el lenguaje de la prensa y en los mil rumores de la opinión una porción de síntomas pacíficos: la población civil sentía horror por la guerra, los militares dudaban de la victoria, la corte murmuraba un poco contra la omnipotencia del primer ministro, y hasta el pie del trono llegaban numerosos mensajes suplicando al príncipe que no inaugurara la lucha entre pueblos alemanes.

Al fin, después de toda clase de avances y retrocesos, pareció prevalecer el proyecto de un tratado eventual sólo valedero, como deseaban los italianos, por un plazo muy corto, dos ó tres meses, por ejemplo, transcurrido el cual, si Bismarck no había encontrado su *casus belli*, Italia recobraría su libertad de acción. Barral recomendó esta combinación á su gobierno en un telegrama apremiante, al que La Mármora contestó en seguida: «Es indispensable que el gobierno prusiano nos haga una proposición por escrito, terminante y concreta.» Pero en el momento en que parecía haberse acercado á la meta, aviváronse las suspicacias prusianas, tan profundas como las mismas desconfianzas de Italia. Ante la idea de entregar un proyecto escrito, Bismarck vaciló y pareció eludir el compromiso; su deseo era arreglarlo todo sin necesidad de informar al gobierno italiano, y por aquel mismo entonces explicaba al Sr. Benedetti el motivo de sus aprensiones en los siguientes términos: «Si entregamos la prueba de nuestras negociaciones, ¿no pasará el documento por Viena antes de ser devuelto á Berlín (1)?»

En medio de todas aquellas incertidumbres, los italianos no cesaban de volver sus miradas hacia el emperador. ¿Qué aconsejaba éste? ¿Hasta qué punto aseguraría su garantía á su antigua aliada? Nigra, merced á la consideración personal de que gozaba y á todas sus amistades, estaba en comunicación casi constante con el emperador, sea que le fuese permitido hablarle directamente, sea que, por medio de intermediarios bien escogidos hiciera llegar hasta él las aspiraciones de sus compatriotas. Si hemos de dar crédito á las informaciones del diplomático italiano, Napoleón no cesó de incitarle, con inconsciente complacencia, á la alianza, y habiéndole Nigra expuesto las asechanzas que tal vez se ocultaban detrás de las proposiciones prusianas, el emperador empleó toda su habilidad en disipar las objeciones: una inteligencia directa con el Austria á propósito de Venecia era menos probable cada día; el gabinete de Florencia no debía ningún miramiento al gabinete de Viena; en cambio, tenía gran interés en que Bismarck hiciera de la seguridad de una ayuda de allende los Alpes un argumento para impulsar á su rey á la guerra. Cuando tuvo en su poder el proyecto de tratado secreto, cuyo texto le había sido transmitido por telégrafo, Nigra se presentó de nuevo en las Tullerías y de nuevo aconsejó al emperador que lo aceptaran. En esto, llegó

(1) Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 76.

á París Arese y Napoleón repitió á su amigo de la juventud todo cuanto había dicho al representante oficial de Italia: «Firmad el tratado; os doy este consejo como amigo.» Añadió, sin embargo, que declinaba su responsabilidad y que el gabinete de Florencia cometería una falta grave, si tomaba la iniciativa de la ruptura. Después respondió con evasivas á todas las insinuaciones de Nigra y del príncipe Napoleón en favor de una triple alianza entre Francia, Prusia é Italia. «Creo, escribía Nigra en 31 de marzo, que el emperador desea la guerra; pero creo también que no quiere comprometerse con nadie antes de que se haya empeñado la lucha (2).»

Napoleón excitaba á la alianza; también excitaban á ella los acontecimientos, al disminuir las probabilidades de una solución pacífica. La cuestión del Sleswig-Holstein se enconaba cada vez más. A mediados de marzo publicóse una ordenanza real que castigaba con penas severas á todo el que atacase en los ducados los derechos soberanos de las dos grandes potencias alemanas, y esta medida no podía tener otro objeto que molestar al gabinete de Viena é impulsarle á tomar represalias. Por aquel mismo tiempo comenzó á hablarse mucho en Berlín de los preparativos militares que se hacían en Austria, formulándose luego violentos ataques contra la Confederación germánica. Mas, á pesar de todo, las suspicacias subsistían y aun en medio de las imágenes de la lucha, que adquirirían mayores proporciones de día en día, los italianos no deponían sus aprensiones. «Prusia no encontrará ningún *casus belli*,» decían, y á propósito de los temores que los sentimientos de Guillermo I les inspiraban, repetían la siguiente frase que se atribuía al primer ministro: «Espero convencer al rey, pero no pondría las manos en el fuego de que he de conseguirlo.» Bismarck, por su parte, temía ser traicionado, como Govone temía á su vez que le abandonarían; y habiendo partido para Italia el príncipe Napoleón, figuróse, ó fingió que se figuraba que aquel viaje se relacionaba con un proyecto de cesión á Venecia. Entonces tomó por confidente al señor Benedetti, y reuniendo todos los indicios que excitaban sus alarmas, le dijo: «Tengo poderosos motivos para creer que Italia persigue á la vez varios propósitos.» A lo que nuestro embajador contestó con gran ingenio y cierta ironía: «¿Creéis que si Italia y Austria hubiesen querido reconciliarse habrían elegido como agente de reconciliación al príncipe Napoleón?»

Como la necesidad recíproca de una avenencia imponía una corta tregua á las desconfianzas, firmóse al fin el tratado secreto, cuya duración se limitó á tres meses, tal como deseaba Italia, atenta á no ligarse por mucho tiempo; en cambio el gabinete de Berlín se reservaba el derecho de fijar cuándo debían romperse las hostilidades, y en esto estribaba su principal ventaja. El momento de entrar en campaña sería aquel en que el estado de los asuntos alemanes obligaría á Prusia á tomar las armas; y la guerra se haría con todos los recursos de ambas naciones, siendo el objeto de la misma para Italia la adquisición de las provincias vénetas y para Prusia, según verbalmente se convino, la consa-

(2) Informe del Sr. Nigra al príncipe de Carignán, junio de 1866.—Véase también La Mármora, *Un peu de lumière*, pássim.

gración de su supremacía en la Alemania del Norte, comprometiéndose los dos Estados á no firmar separadamente la paz, en tanto que no se logran uno y otro objeto. El día 8 de abril, á las ocho y media de la noche, firmóse el tratado después de una larga conferencia y de una última corrección del texto; y cuando después de tan accidentadas negociaciones Bismarck tuvo en sus manos el documento que le había de permitir elevar sus empresas al nivel de sus ambiciones, cuando vió al Austria tan fuertemente oprimida entre sus dos enemigas, no pudo ocultar su gozo. Recreándose de antemano en el caos de donde saldría su propia grandeza, calmó las últimas inquietudes de los que eran ya sus cómplices, y al despedirse de éstos les dijo: «Estad tranquilos; tendremos guerra y me comprometo á promover la gran confusión que la asegurará.»

## IX

Todo había sido preparado anticipadamente para crear esta *gran confusión*; faltaba sólo enredar las cosas de tal modo, que en medio del exceso de complicaciones la fuerza resultara ser el único medio de restablecer el orden.

Con un intervalo de siete años vemos á Bismarck proceder como había procedido Cavour en 1859, sea porque intencionadamente hubiese estudiado á su predecesor, sea porque instintivamente y sin propósito de copiarse, todos los grandes ambiciosos se parecen: como Cavour en el pequeño ducado de Módena, buscó un pretexto para la contienda en el pequeño principado del Sleswig-Holstein; del mismo modo que aquél había denunciado los preparativos belicosos comenzados en Lombardía, denunció él las concentraciones de tropas en Bohemia; y así como el estadista italiano se había prevalido del Estado de Italia, prevaleció él del Estado de Alemania. Ducados del Elba, armamentos de Austria, reforma federal; también tiene Bismarck en sus manos estas tres máquinas de guerra, que maneja sucesivamente afilando la una en cuanto la otra parece embotarse. Y así continuará hasta el día en que, después de haber fatigado á Europa, subyugado á su país y sojuzgado decididamente á Italia, arrastrará al campo de batalla á su pueblo, á su aliado y á su rey.

La cuestión del Sleswig-Holstein había sido maravillosamente concebida para iniciar y mantener la contienda; pero había llegado el momento en que Bismarck, sin abandonarla y á reserva de volver á acogerse á ella, necesitaría recurrir á más ruidosos agravios. Desde mediados de marzo venía recibiendo informes que le daban cuenta de varios movimientos militares en el Norte del imperio austriaco, movimientos que, en realidad, eran muy limitados según el propio Moltke confesaba al general Govone. El primer ministro, reuniendo todos esos hechos de escasa importancia y agrupándolos con arte infinito, había denunciado, en una circular publicada en 24 de marzo, á Alemania las que él denominaba provocaciones del Austria: compra de caballos, llamamiento de soldados que disfrutaban de licencia, nombramiento de médicos militares, medidas adoptadas para los transportes en las líneas férreas, reunión en Bohemia de regimientos sacados de Moravia, de Galizia ó de Hungría, nada se omitía en aquella denuncia. Bismarck (y en esto

se parecía también á Cavour) había formado desde hacía tiempo, en su país y fuera de él, una prensa amoldada á su voluntad, una prensa dócil que había de llevar á larga distancia el eco de su voz; y esta prensa no tardó en proclamar en alta voz la audacia de Austria, que resueltamente quería la guerra, y en decir que al gabinete de Berlín se le acusaría con justicia de imprevisor si, á su vez, no compraba caballos, llamaba á ciertas reservas, en una palabra, si no adoptaba algunas medidas de seguridad. El Sr. de Mensdorff-Pouilly negó desde Viena que existiera ningún pensamiento belicoso, y el primer ministro prusiano vióse obligado á hablar como su rival, so pena de descubrir sus verdaderos proyectos. Pero pocos días después pudo indemnizarse de su moderación. El Sr. de Mensdorff, por una de esas torpezas muy comunes en su país, expidió en 7 de abril un segundo despacho en el cual invitaba á Prusia, en tono muy altanero, á revocar todas las disposiciones militares que había adoptado; Bismarck publicó en seguida aquel documento, llamó la atención sobre todas las expresiones conminatorias en él contenidas, sin omitir una sola, y fingiéndose profundamente ofendido y sobre todo esforzándose en despertar el amor propio del rey, se deshizo en amargas quejas: «Diríase, exclamaba, que es el emperador de Alemania que se dirige al margrave de Brandeburgo.»

Importaba mantener en ansiedad á la opinión pública explotando todo cuanto pudiera irritarla. Al día siguiente de haberse firmado el tratado de 8 de abril, la Dieta de Francfort recibió una extraña comunicación: apenas la sesión abierta, Prusia presentó un proyecto para la convocación de una asamblea constituida por sufragio universal que deliberaría sobre todas las proposiciones de reforma federal que le presentaran los gobiernos alemanes. Aquella moción, que fué enviada á las cortes confederadas para que se enteraran de ella, no era del todo inesperada, desde el momento en que la circular de 24 de marzo, relativa especialmente á los armamentos austriacos, terminaba con una crítica acerba de las instituciones existentes; pero, á pesar de haber sido de esta suerte preparada y casi anunciada, no por esto dejó la iniciativa prusiana de causar sorpresa y aturdimiento grandes. ¿Por virtud de qué repentina conversión Bismarck, ese retrógrado de 1849, que tanto despreciaba el régimen parlamentario, se transformaba en campeón del sufragio universal? Nadie creyó en la sinceridad de la evolución y los demócratas fueron los primeros en calificar de sospechoso cualquier don que de tal mano recibieran. Mas si como prenda de liberalismo el proyecto pareció mediocre, en cambio como máquina de guerra se le consideró muy refinado: evidentemente el objeto que con él se perseguía era no tanto modificar la Confederación germánica como destruirla, y herir al través de la Dieta de Francfort al Austria, la cual se vería obligada á renunciar á toda influencia ó á defender con las armas en la mano á su antigua protegida. Entonces corrió desde las orillas del Elba á las del Danubio una frase que hizo fortuna: «Bismarck prepara el óleo democrático con que el rey de Prusia será ungido emperador de Alemania.»

Después de haber puesto el cebo á la cuestión de la reforma federal, el primer ministro la abandonó, reservándose empero volver sobre ella muy pronto, é inte-



resado en que sus acusaciones no se interrumpieran, abordó de nuevo el asunto de los armamentos; pero en esto le esperaba un desengaño y durante unos días pudo prever una perspectiva insoportable para su política y desconsoladora para sus ambiciones, la de una guerra aplazada y acaso conjurada. El gobierno austriaco, que en su despacho de 7 de abril había pecado de altanero, guardóse de perseverar en su falta y en otro despacho de 18 de abril formuló la proposición concreta de disgregar, á partir del 25 de abril, los cuerpos de tropas que había concentrado en su frontera del Noroeste, si Prusia desde el día siguiente volvía á poner en pie de paz las divisiones que había reforzado. La petición era justa y esta vez muy correcta en la forma, y el primer ministro, de buen ó mal grado, hubo de acceder á ella, pero con un malhumor que no disimuló y con una ansiedad que tampoco pudo ocultar, pues sospechaba, según decía, de la lealtad de las declaraciones austriacas, que eran contrarias á sus personales informes, se echaba en cara el haber dado una forma demasiado cortés á sus últimas comunicaciones dirigidas á Viena, y censuraba sobre todo al rey por haber dulcificado en dos puntos la redacción ya demasiado suavizada de las mismas: «De no haber estado yo enfermo en estos últimos días, decía, habría trabajado directamente con el rey y las cosas habrían sucedido de otro modo.» Así hablaba el primer ministro (1).

«He visto nuevamente á Bismarck, escribía en 25 de abril el Sr. Benedetti al Sr. Drouyn de Lhuys, y me ha parecido hoy muy satisfecho.» Ya se adivinará el motivo de esta satisfacción: el horizonte, un momento despejado, cubriase otra vez de nubes; Italia, unida á Prusia desde hacía quince días, acababa de prestarle su primer servicio. Austria, al recibir la noticia, acaso algo amplificada, de preparativos belicosos al otro lado de los Alpes, había concentrado fuerzas importantes en las provincias vénetas; é inmediatamente Italia había clamado contra aquella agresión y decretado importantes medidas militares. ¿Qué haría el gabinete de Berlín? Hacerse solidario de Italia habría sido confesar implícitamente el tratado de 8 de abril. En tal situación, Bismarck salió del compromiso expresando con singular firmeza su pesar por lo mal comprendidas que habían sido por Austria las intenciones conciliadoras de Prusia y calificando de irrisorio un desarme que sólo comprendiera la Bohemia y dejara subsistir las concentraciones de tropas en las demás provincias. Tal fué el sentido de una circular que salió de Berlín el 30 de abril y en la cual nada modificó el rey, pudiendo, por consiguiente, el presidente del consejo multiplicar á su antojo las palabras ó los argumentos que habían de enconar la herida. La conclusión de aquel documento era que Prusia no procedería á su propio desarme mientras el Austria no volviera á poner sus fuerzas en pie de paz en toda la extensión del imperio, sin excepción. ¿Quién habría podido hacerse ilusiones sobre la respuesta del gabinete de Viena? Esta llegó cuatro días después y fué una declaración lacónica y altanera de que quedaban terminadas las negociaciones sobre los armamentos.

De modo que por todos lados se alzaban las imágenes de la lucha próxima: después de tan larga espera,

(1) Véase Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 110.

el gran perturbador parecía tocar ya aquella guerra que había de coronar sus ambiciones; la tocaba en efecto y tan de cerca que sólo un hombre, al parecer, podía en aquel momento contener sus designios y poner un dique á su fortuna.

## X

Tres días antes de firmarse el tratado de 8 de abril, decía Bismarck al general Govone: «Todos nuestros convenios únicamente son válidos, por supuesto, si Francia quiere; porque si ésta manifestaba mala voluntad, nada podría hacerse (2).» Estas palabras pintaban la condición de los futuros beligerantes. Cuando la posteridad, prescindiendo de los detalles y dejando iluminadas sólo las cosas más salientes, formule la cuenta definitiva de las responsabilidades, encontrará dos grandes actores: el que á todo se atrevió, Bismarck; el que lo toleró todo, Napoleón. En la penumbra cada vez más densa de los años, estas dos figuras, una con su relieve áspero y acentuado y otra con sus indecisos contornos, se destacarán entre todas las figuras secundarias, y será tal el contraste entre ellas que jamás se habrá encontrado otro mayor. De un lado aparecerá el duro canciller, entonces en toda la plenitud de su vigor físico, en toda la madurez de sus años, revestido de su armadura cual conviene á los consejeros, los civiles inclusive, de una monarquía militar, reflejando en sus facciones la fuerza, la resolución, la actividad, realista en sus concepciones, más realista aún en sus actos, ora disimulado hasta la bellaquería, ora franco hasta la indiscreción, y tan peligroso en sus accesos de sinceridad como en sus refinamientos de astucia, igualmente hábil en invocar el derecho como en eludirlo ó en quebrantarlo, y quebrantándolo con ostentación, desdeñoso con las consideraciones generales y únicamente sensible á las ganancias, nada humanitario, patriota de miras algo estrechas, más prusiano que alemán, pero, en cambio, muy prusiano, que ofrecía, en una palabra, la imagen del hombre que empeña el combate de la vida sin preocuparse más que de la victoria para él, para su soberano y para su país. De otro lado se verá, en una perspectiva envuelta en velos, la fisonomía cansada y preocupada del débil y poderoso emperador, minado ya por los primeros achaques del ocaso, turbada ya su firmeza en sus errores por largo tiempo triunfantes, no sabiendo ni estacionarse en la lealtad ni persistir hasta el fin en la astucia, aplazando por fatiga ó por indolencia las resoluciones viriles, fijando en todas las cosas una mirada poco intensa que no penetra los pensamientos de los demás ni descubre los propios, complaciéndose en una especie de imparcialidad desembarazada, á la manera de un juez ó de un testigo, y cerniéndose sobre el imperio en vez de gobernarlo. Todo el interés del drama gira en torno de estos dos personajes, de tal modo que la historia, después de haber dicho lo que hizo Bismarck para engrandecer su país, no sentirá más que una curiosidad, la de saber qué hizo Napoleón para conservar el prestigio del suyo. Todo el año 1866 está ocupado por estos dos hombres, Napoleón y Bis-

(2) Carta del general Govone á La Mármora, *Un peu plus de lumière*.

marck, y por estas dos cosas, la hegemonía prusiana ó la preponderancia francesa; el Austria, que va á combatir, parece relegada á segundo término, hasta tal punto se juega la suerte de Francia en ese duelo en el cual ésta no interviene.

En la época en que nos encontramos, es decir, en el momento en que va á estallar el conflicto, es cuando puede apreciarse en todos sus rasgos la situación que queremos describir. Esta es la hora postrera en que los políticos acudirán á París en busca de inspiración; pero ¡cuán brillante se nos ofrece, cuánto se parece más á un apogeo que á una decadencia! En aquel mes de abril de 1866 ¿quién habría dudado de que de Napoleón dependía el pronunciar la palabra que desencadenaría la tempestad ó la apaciguaría? Diplomáticos, periodistas, hombres de negocios, todos tenían una sola ambición, hacer hablar al oráculo. A las Tullerías y al muelle de Orsay acudían los representantes de las potencias neutrales: de Inglaterra, escandalizada de las temeridades prusianas; de Rusia, ansiosa también, pero mucho más reservada, desde las cuestiones de Polonia, en sus relaciones con las potencias occidentales. Creíase generalmente que Napoleón se inclinaba á Prusia, pero nadie lo habría asegurado; ¡de tal modo procuraba el soberano otorgar por igual las públicas muestras de su benevolencia! En el entretanto, deslizábanse tímidamente en las esferas oficiales los enviados de los pequeños principados de allende el Rin, ávidos de noticias y llenos de justa ansiedad, puesto que estaban en juego las coronas de sus soberanos; y mientras se agitaban los dioses menores de la diplomacia germánica, los representantes de los dos grandes Estados alemanes parecían haber establecido entre ellos una especie de pugilato para ver cuál de los dos conquistaría á Napoleón. El Sr. de Metternich se aprovechaba de su linaje, de las influencias de salón y, sobre todo, de la cooperación solícita de los diplomáticos de carrera, casi todos favorables al Austria; el Sr. de Goltz utilizaba también sus relaciones de sociedad y la consideración de que gozaba en la corte; además tenía el apoyo de los amigos de Italia que, unidos á los amigos de Prusia, formaban la más temible de las camarillas; y, por último, contaba con numerosas inteligencias en el periodismo y por conducto de la prensa insinuaba todo aquello que le habría sido difícil decir directamente.

Nunca fué más necesaria que entonces la elección entre las dos políticas que se reparten el mundo, la de los principios y la de los provechos. La política de principios hubiera debido formularse en Biarritz cuando apareció por vez primera el tentador, para desenmascarar al cual habría bastado un hombre de recto sentido que hubiese pronunciado el *non possumus*, muy lacónico y muy francés, que habría asegurado la tranquilidad universal. Aquel *non possumus*, el jefe íntegro de un Estado libre lo habría pronunciado por amor á la paz, por virtud cívica, por respeto al derecho; creo que también lo habría pronunciado un Borbón, aun siendo de mediano talento, pero que desde la cuna se hubiese criado en medio de todas las tradiciones nacionales. Pero estas cosas eran demasiado sencillas para el carácter de Napoleón, hombre de no común inteligencia, ni aborrecible, ni vulgar, antes bien moralmente superior á los que habían de vencerle, pero incapaz de

percibir lo que no era complicado. En Biarritz, por lo que se sabe, se limitó á no desanimar al tentador, cometiendo al obrar así una falta negativa, pero particularmente grave, porque su silencio tenía las trazas de una adhesión y permitía esperar que sería un futuro cómplice, y así lo entendieron en Berlín. Después del consejo de 28 de febrero, el Sr. de Goltz volvió á París con la misión de conquistar la buena voluntad del emperador, comenzando en aquel momento la historia lamentable de las *compensaciones*. El día 5 de marzo el embajador fué recibido en las Tullerías: un soberano de probidad intacta habría rechazado con una sola palabra todo trato; un soberano de ambición resuelta habría señalado en el mapa, con un trazo vigoroso, su parte de beneficios. El emperador no procedió con esta claridad, sino que, según afirma Goltz (1), se declaró (y en esto era sincero) muy superior á las pequeñas rivalidades de ambiciones y al mismo tiempo invocó las exigencias de la opinión pública que le obligaban á estipular un precio por su neutralidad y, sobre todo, por su favor. Después, y como si hubiese esperado que le hicieran proposiciones, añadió: «Me es muy difícil precisar un objeto determinado.» Entonces se pasó revista de las fronteras del Nordeste y del Este: Bélgica disfrutaba de una paz profunda y nada justificaba una anexión parcial ó total. «En todo caso, dijo el Sr. de Goltz interrumpiendo al emperador, nos reservaríamos la orilla derecha del Mosa;» en el Luxemburgo reinaban simpatías por Francia, pero ¿qué pretexto se invocaría para la intervención? Y en cuanto á un engrandecimiento por el lado de la Suiza francesa, tampoco había medio de justificarlo. Quedaba el territorio alemán, y Napoleón habló de la Baviera renana. «Pero, añadió, si esperáis lograr que Baviera ingrese en vuestra alianza, os será difícil traficar con estas provincias... Hace algún tiempo pregunté á Niel cuáles eran las mejores fronteras que podrían señalarse á Francia y me contestó que las de 1814, Landau y Sarrebrück; pero tal vez sería un obstáculo á esto la repugnancia del rey á ceder una porción del territorio prusiano.» Y dejando vagar de nuevo su pensamiento, terminó el emperador diciendo: «En verdad no puedo indicar objeto de compensación; sólo puedo aseguraros mi neutralidad benévola; más adelante me entenderé con el rey.» Aquella conversación se reanudó varias veces: «¡Ah, si tuvierais una Saboya!», decía Napoleón al embajador prusiano. En Berlín, Bismarck interrogó varias veces á Benedetti, y el día 2 de abril, en el momento en que la cuestión federal inquietaba realmente á Europa, concretó su pensamiento en esta forma: «Ha llegado la hora para nosotros de renovar nuestras proposiciones; á ustedes toca decir las garantías que quieren.» Benedetti, que no había recibido instrucciones, no se atrevió á contestar (2). El día 2 de mayo, en un baile de la corte, el emperador avanzó un poco más, y llevándose al Sr. de Goltz á un sitio apartado, le dijo: «Austria me ha hecho proposiciones que podrían convertirse en ofrecimientos;» y después de una pausa añadió: «Mi país tiene puestos los ojos en las orillas del Rin.» La insinuación, bajo su forma misteriosa é intencionada-

(1) Véase Sybel, *Die Begründung des Deutschen Reiches durch Wilhelm I*, tomo IV, págs. 285 y siguientes.

(2) Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pág. 91.



mente incompleta, era demasiado grave para no impresionar al Sr. de Goltz; la respuesta de Berlín fué que se deseaba conocer los ofrecimientos austriacos antes de formular las proposiciones prusianas. Los días siguientes transcurrieron sin que se prosiguieran las negociaciones en tal sentido comenzadas; por lo menos, si algo se hizo, no ha llegado hasta nosotros. El soberano francés, estacionado en una inacción fastuosa, desinteresado por naturaleza, pero ávido de engrandecimientos con la esperanza de deslumbrar á la opinión pública y de consolidar el trono de su hijo, se entretenía en tocarlo superficialmente todo, pero sin querer coger nada. Con muchísima frecuencia se ensimismaba pensando en una gran guerra que le permitiera intervenir como dueño y señor entre adversarios extenuados; y habiendo de esta suerte conseguido aplazamientos y evitado la dificultad de tomar una resolución, volvía á acariciar sus ensueños, á la vez astutos y cándidos, grandiosos y mezquinos, ingeniosos é ingenuos, de entre los cuales destacaba una sola idea fija, una idea no francesa, sino italiana, la de la emancipación de Venecia.

Bismarck recurrió á toda clase de habilidades, y una de las mayores fué presentar al emperador el engrandecimiento de Prusia como una consecuencia de una organización más simétrica de Alemania. No disimulaba sus ambiciones, pero las limitaba; aspiraba, según decía, á dominar en los Estados del Norte, pero rechazaba toda ingerencia más allá del Mein. Lejos de querer extenderse hacia el Sur, estaba dispuesto á permitir y aun á facilitar una inteligencia de todos los Estados meridionales bajo la hegemonía de Baviera; y en efecto, por aquel entonces prodigaba las insinuaciones á Munich y, según se afirma, recibía del Sr. de Pforden cartas inspiradas en la mayor confianza. En cuanto al Austria, no hablaba de ella, y si la excluía de Alemania era por preterición. El proyecto, así formulado, ofrecía un aspecto ordenado y cierta apariencia lógica y parecía hecho expresamente para agradar al espíritu sistemático de Napoleón; en él se trataba no tanto de unificar la Alemania como de distribuir en ella las esferas de influencia. Lo que el Sr. de Goltz afirmaba al emperador repetíalo la prensa parisiense, que en parte se había ganado Prusia, encomiando la constitución de una Alemania del Norte fuerte, progresista y protestante, enfrente del Austria ultramontana y retrógrada, y añadiendo con gran firmeza que Bismarck, el ministro autoritario, servía, sin saberlo, á la causa de la emancipación humana, como el cardenal Richelieu había servido á la causa de la libertad religiosa. ¿Qué podía temerse de los engrandecimientos prusianos? Hasta entonces había habido dos Alemanias; en lo sucesivo habría tres. ¿Qué perdía Francia con esta nueva distribución? ¿No salía más bien gananciosa? El argumento hizo fortuna en ciertos círculos oficiosos, sin pensar que la victoria de Prusia arrojaría al Austria hacia Oriente, haría vadeable el Mein y pondría á los pies del vencedor á la pobre Baviera abatida y burlada. Nadie, empero, creía en el triunfo completo de Prusia, y en todo caso se reservaba con entera confianza el derecho de arbitraje, porque había una hipótesis que se consideraba inadmisiblemente, á saber, aquella en que la magnitud de la victoria permitiera á una de las partes recusar el fallo del árbitro.

Lo que acababa de perturbar la política imperial eran

los consejos contradictorios que iban á parar á las Tullerías como á su natural confluencia. Existían en la corte dos partidos: con el Austria podía salvarse la paz; con Prusia podrían recogerse los frutos de la guerra. En los regímenes libres, un ministerio responsable habría adoptado una de las dos políticas, y prescindiendo por completo de los agentes de la otra, la habría seguido hasta el final; pero con Napoleón no sucedió así. En la época que describimos, los dos partidos se repartían los cargos públicos y la confianza del soberano, y se creían, con igual título, con derecho á aconsejar; de aquí la abundancia de diversos pareceres, merced á los cuales lo que era obscuridad acababa por convertirse en confusión inextricable. Muchas veces también el monarca, por bondad, cansancio ó debilidad, aceptaba sin objeción combinaciones contradictorias, y como su silencio era tomado por adhesión, sucedía que se propalaban los proyectos más opuestos, amparados por su nombre. Esta diversidad de opiniones entre los más altos servidores del monarca producía á veces resultados curiosos. En aquellos momentos en que la gravedad de las circunstancias habría exigido entre el gobierno francés y su representante en Berlín una íntima comunidad de ideas, un cambio permanente de informaciones y de instrucciones, el ministro era el Sr. Drouyn de Lhuys, personaje muy adicto, aunque con cierta debilidad, á la política conservadora, y el embajador era el Sr. Benedetti, mucho más perspicaz de lo que se ha creído respecto de las ambiciones prusianas, pero amigo de Italia, hostil al Austria y fiel como nadie al príncipe Napoleón. La correspondencia que medió entre estos dos hombres es extraña, no tanto por lo que revela como por lo que sorprende no encontrar en ella. Bismarck toma gustoso por confidente á nuestro embajador, esperando provocar la confianza de éste haciendo ostentación de la suya; y el Sr. Benedetti, con laudable solicitud, transmite á París todo lo que el jefe del gabinete prusiano quiere dejarle saber, pero la mayoría de sus despachos quedan sin respuesta. «Espero vuestras direcciones,» escribe en 8 de marzo con cierto tono de impaciencia, y esta comunicación se cruza con una carta insignificante del ministro en que le dice: «Estoy avergonzado de no contestar á sus cartas particulares, que son muy interesantes; no podrá usted decir otro tanto de las mías.» «El Sr. Drouyn de Lhuys, escribe el Sr. Benedetti al duque de Gramont, se limita á acusar recibo de mi correspondencia; bien es verdad que lo hace de la manera más encantadora que imaginarse pueda.» En el entretanto Bismarck trata de interrogar al diplomático acerca de la política de su país, acerca de las *compensaciones*, acerca de los asuntos que más vivamente preocupan á Francia, á lo que el embajador replica: «Respecto de todo esto, no sé sino lo que usted ha tenido á bien decirme.» Finalmente, pocos días después, el Sr. Benedetti, despechado de que su correspondencia no sea más que un monólogo, revela en una de sus cartas un visible dejo de irritación: «Faltaría seguramente á mis deberes, escribe, si no os dijese que la ignorancia en que me tenéis me coloca en una posición falsa, pues nadie quiere creer en tal ignorancia en unos momentos como los actuales. No tengo la pretensión ridícula de trocar los papeles y de recibir informes en vez de enviarlos, pero aun en mi carácter de infor-

mador, era mi obligación no dejaros ignorar mi posición personal (1).»

¿Estas lagunas en la correspondencia ministerial deben ser atribuidas únicamente á una insuficiente comunidad de miras entre el jefe y su agente? Sí el ministro se mostraba tan sobrio de despachos, ¿debíase esto á la dificultad de exponer una línea de conducta que él mismo no discernía? Aquí nos encontramos con una de las principales incoherencias de la política imperial: mientras el Sr. Benedetti se lamentaba en sus despachos de que estuviesen para él cerradas las puertas del palacio real, y en tanto que el duque de Gramont sólo debía á su alto linaje el ser introducido en la intimidad de la corte, aunque sin conocer los secretos de Estado, la suerte de los diplomáticos acreditados en París era muy distinta. En efecto, ¿cuántas veces en aquella primavera de 1866 no se vió á los coches de los embajadores de Prusia y de Italia entrar directamente en las Tullerías sin haber pasado antes por el ministerio de Negocios extranjeros? La extremada benevolencia del emperador y su afición al gobierno personal habían introducido poco á poco el uso de las comunicaciones directas entre el príncipe y los embajadores. El Sr. Drouyn de Lhuys unas veces se deshacía en quejas, otras hacía inauditos esfuerzos para adivinar lo que por encima de él pasaba, y por más que hiciera, en algunas ocasiones se traslucía su ignorancia. En uno de sus despachos al Sr. Benedetti encontramos las siguientes líneas escritas en 31 de marzo: «No tiene fundamento alguno lo que se ha dicho al Sr. de Bismarck respecto de una intervención por nuestra parte cerca del gabinete de Florencia... No hemos pensado nunca que hubiéramos de encargarnos de oponer un obstáculo al cumplimiento de los destinos de Italia...» Pero «tampoco podía alentarla á que prestara oídos á las insinuaciones que le hacía Prusia sin comprometer gravemente nuestra responsabilidad.» Pues bien; aquel mismo día, el conde Aresé, llegado la víspera de Florencia, era recibido en las Tullerías y de acuerdo con el Sr. Nigra discutía con el emperador la futura conducta de Italia y escuchaba de labios de Napoleón estas palabras llenas de promesas: «Como amigo os aconsejo la alianza con Prusia.»

Todas esas divergencias, todas esas debilidades habrían regocijado en extremo á Bismarck si las hubiese conocido. Pero la extremada incoherencia produce á veces el mismo efecto que la habilidad extremada; por esto el hombre de Estado prusiano, que no percibía el encadenamiento de la política imperial, no podía persuadirse de que tal encadenamiento no existiera, pero se desesperaba de no poder descubrirlo. Goltz, narrador fiel de lo que veía y oía, enviaba á Berlín informaciones tan poco enlazadas entre sí que en aquella corte se vacilaba en dar crédito á las mismas, pues no llegaban á convencerse de que toda la política consistiera en aquella mezcla de caricias prodigadas á todo el mundo, en aquella espera imparcial y, por decirlo así, fatalista. Sobre todo no se creía en el desinterés de Francia y se opinaba que si el emperador no se apresuraba á tomar lo que Prusia le habría ofrecido, era porque esperaba obtener más del Austria y de las peripecias de la guerra. En sentir del gabinete prusiano, todo lo que se

(1) Véase Benedetti, *Ma mission en Prusse*, pássim.

veía no era más que superficie detrás de la cual aparecería, á la hora menos pensada, alguna sabia maniobra, alguna doblez profunda. Cuando recordaba todas las seguridades benévolas que le habían dado, todas las atenciones de que había sido objeto, Bismarck se sentía tranquilo; pero al pensar luego en todo el daño que sus planes habían de causar á nuestro país, no podía figurarse que hasta tal extremo estuviere adormecida la previsión francesa. A veces, ante la idea de sus preparativos militares, vislumbraba una probabilidad inaudita, inesperada, la de una victoria tan brillante que le permitiera tomarlo todo sin ceder nada; pero aquella era una visión fugaz, y no atreviéndose apenas á soñar una felicidad tan excesiva, volvía á su labor de averiguar los propósitos de aquel á quien á toda costa debía interesar en su juego. Pero en vano agotaba su perspicacia y su paciencia: ¿quién habría adivinado (aun siendo hombre tan penetrante como Bismarck) á aquel personaje temible á fuerza de ser incomprensible, que no representaba ni la rectitud ni la falsedad, sino algo que perpetuamente participaba de la una y de la otra, aficionado á los rodeos, á las complicaciones, á las tinieblas, á las intrigas, pero como diletante y más aún por el placer que por el provecho, que prolongaba gustoso sus irresoluciones y que luego, como todos los irresolutos, se fijaba súbitamente en algo con un golpe de efecto? Sí, ¿quién hubiera podido penetrar en el fondo de aquel hombre extraordinario que escapa tanto más al análisis cuanto más se intenta estudiarlo; que soñó con la paz, con el desarme, con la fraternidad y que, sin embargo, en la época en que nos hallamos, no rehúla la idea de una gran guerra en la cual apareciera él como árbitro supremo; que se elevó á las más altas concepciones humanitarias y dejó la humanidad contristada como dejó disminuido su país; que fué tan fecundo en palabras nobles dignas de citarse como en ejemplos funestos que no deben seguirse; que, en una palabra, juntó en su espíritu las ideas más contradictorias, que tocó á los límites de la utopía y á los del cálculo y que, á un mismo tiempo, meditaba la edificación de Salento y se ingeniaba en copiar á Maquiavelo?

## XI

Francia seguía con atenta curiosidad el desenvolvimiento de la crisis que traía perturbada á toda Alemania desde el Elba hasta el Danubio; y aun cuando nadie podía adivinar ó coger la trama entera de los sucesos que se preparaban, lo que vislumbraba era suficiente para despertar inquietudes, que en los más previsores rayaban en espanto. Hacia poco, habíase visto á Italia constituirse en Estado único; ¿se vería al otro lado del Rhin realizarse en provecho de Prusia una combinación análoga? Hacia el trono subían advertencias suplicantes conjurando al emperador á que dominara los acontecimientos en vez de esperarlos, á que se erigiera en guardián del orden europeo, á que proclamara, como pedía el Austria, que cualquiera que turbara la paz general tendría á Francia por enemiga; y el señor Goltz, siempre en acecho, recogía estos rumores y cada uno de sus despachos daba nuevo pábulo á los recelos de Bismarck, que temblaba ante el temor de que Napoleón abriera al fin los ojos.